



# Galería de los invisibles

Carlos Javier González Serrano,  
Gonzalo Muñoz Barallobre  
(Coords.)

Invisible es aquello que no podemos ver, que no podemos percibir en un primer momento, pero que, sin embargo, no por ello deja de estar ahí. A lo largo de la historia muchos filósofos e intelectuales han pasado a tener esta condición, han permanecido a la sombra de los grandes autores y sus obras, siendo relegados muchas veces al olvido. Este libro nos brinda la oportunidad de visitar una pequeña galería en la que podremos contemplar a diez de estas figuras que habitan en el ostracismo, con el objetivo de “reivindicar la actualidad de pensadores habitualmente considerados «marginales» – pero en realidad mucho más «centrales» de lo que algunos quisieran admitir”.

Estos *invisibles* son aquellos autores que, aun teniendo a los mayores sabios como referente, propiamente no transmitieron ni inventaron nada nuevo, no alumbraron, engendraron o inauguraron ninguna rama o doctrina novedosa ni aportaron un ángulo diferente a la reflexión filosófica. En consecuencia, sus nombres no han pasado a la posteridad con gran repercusión, no son famosos ni tienen un reconocimiento o un estilo con el que nos identifiquemos o que busquemos. Dentro del templo del saber, sus rostros no ocupan un lugar central en los cuadros ni en los grandes frisos de la entrada, sino que permanecen siempre en un segundo plano, eclipsados por los protagonistas del pensamiento pero ayudando a mostrar y vivificar la grandeza de estos. Ésta es precisamente la función de los *invisibles*: son los epígonos, aquéllos cuya misión consiste en administrar, aclarar y acercar lo que pensaron esos pocos elegidos de la filosofía que, caminando o no a hombros de gigantes, supieron ver más allá que el resto de nosotros.

No obstante, esto no quiere decir que tales personajes nos sean del todo desconocidos. En nuestro recorrido podemos ver nombres de la talla del poeta alemán Novalis, detallando cómo su pensamiento trata de rescatar de nuestro recuerdo algo de lo que nunca se ha tenido consciencia, acto que sólo puede ser realizado a través de la poesía, el lenguaje propio de los dioses, que ilumina la realidad como no saben hacerlo la razón científica

o la filosofía especulativa. Considerado por muchos como un *autor bisagra* entre la Ilustración el Romanticismo, Novalis bebió especialmente de los clásicos grecolatinos, Fichte, su admirado Schiller y su amigo Friedrich Schlegel, desarrollando dos líneas de pensamiento, sujeto y naturaleza, que marcan la oposición entre mundo interior y exterior. A partir de aquí, sus escritos se dirigirán a una amplia variedad de temas, como teoría del conocimiento, política, filosofía de la historia (donde introduce el concepto de *voluntad*, posteriormente desarrollado por Schopenhauer) o estética, defendiendo una nueva experiencia de acercamiento a la verdad a través de la ficción y la poesía y la total implicación en la labor poética.

El nombre de la Natalia Ginzburg es otro con el que nos encontramos, analizando los ensayos de su obra *Las pequeñas virtudes*. La invisibilidad de la escritora italiana se debe precisamente a que habita en esa especie de tierra de nadie, a caballo entre lo filosófico y lo literario, relatándonos una concepción de la vida y la existencia basada en la sencillez, aceptando el curso de lo cotidiano. Ello no significa una existencia apática o su resignada aceptación como un valle de lágrimas, sino que debemos hacernos cargo del devenir de la vida, considerar la alegría y el dolor y afrontar las contradicciones que nos presenta de forma digna y orgullosa. El pensamiento de Ginzburg explora dos mundos, separados por el acontecimiento de la II Guerra Mundial: el primero, ordenador, armónico y limpio, donde abundan las pequeñas virtudes; el segundo, caótico, desordenado e inseguro, una nueva realidad donde predominan las grandes virtudes. Sin embargo, es preciso pasar en ese orden por ambos mundos para poder apreciar las cosas importantes de la vida.

Otra figura que nos puede resultar conocida es la de los hermanos Henry y William James, literato y padre del pragmatismo filosófico respectivamente. En este episodio atendemos a una faceta de ambos desconocida para muchos, como es la influencia que, a través de su padre (Henry James Sr.), les llegó del espiritualismo del filósofo sueco Swedenborg, científico del siglo XVIII reconvertido en un gran estudioso de la teología, y que levantó el interés de personalidades como la de Immanuel Kant. Su doctrina cruzó el Atlántico y llegó a círculos como el de Emerson, Thoreau, Thomas Carlyle... y los hermanos James. En el caso de Henry, su sensibilidad denotaba este espiritualismo, considerando que la única razón para la existencia de una novela es que trate de representar la vida. Por su parte, William reflejó la influencia de Swedenborg en su teoría de la libre voluntad, su respeto y defensa de creencias religiosas o sus ideas del inconsciente y de la psicología.

El último caso de caras menos desconocidas lo constituye el de Philipp Mainländer y su obra *Filosofía de la redención*, que logró atraer la atención del propio Nietzsche. Influidor por Kant y, especialmente, Schopenhauer, su objetivo era continuar la reflexión de ambos pensadores e ir más allá, puliendo sus errores y revisando sus teorías. Desarrolló así una fundamentación del ateísmo y planteó la hipótesis del *suicidio de Dios*, pero sobre todo se propuso fundamentar científicamente la doctrina pesimista, encontrando un profundo mensaje redentor en el que denominaba “contenido esotérico” del budismo y del cristianismo. Nos habla de la *voluntad de morir* como principio individual donde reside el impulso básico de toda filosofía que pretenda ser verdadera y que persigue la completa redención del sufrimiento, lo que repercute principalmente en su estética y su idea de que el arte busca un estado de *inmutabilidad interior* que rememore el estado de reposo de la unidad primigenia desaparecida, prometiéndole al hombre una redención definitiva.

Continuando nuestro paseo descubrimos la tormentosa relación entre los poetas alemanes Stefan George y Hugo Von Hofmannsthal. El primero fue un esteta defensor de un arte dirigido sólo a élites culturales y de trasladar las ideas del arte a la política, alcanzando en su época una fama a la altura de Rilke o Hölderlin; sin embargo, su defensa del nazismo y su homosexualidad, tabúes hasta hace poco en Alemania, hicieron

que la posteridad lo condenase al olvido. Entre sus alumnos encontramos a Hugo Von Hofmannsthal, de quien se enamoró sin ser correspondido, dando lugar a que la estrecha relación entre ambos se tornase un enfrentamiento. Ello marcaría la personalidad y la obra de Hugo quien, además de colaborar junto a Richard y Johann Strauss, abordó de manera pionera en *Andreas* la homosexualidad masculina. Pero por encima de todo sobresale su *Carta de Lord Chandos*, en donde aborda los límites del lenguaje y el papel determinante que posee en la modernidad en la identidad del sujeto, influyendo posteriormente en el *Tractatus* de Wittgenstein.

Otra relación, en este caso sí íntimamente amorosa, que se nos expone fue el matrimonio entre Tamara y el artista surrealista Paolo Iashvili. Procedentes de Georgia, fueron grandes intelectuales del primer cuarto del siglo XX, durante la época de ocupación soviética, frecuentando los círculos diplomáticos y literarios de su entorno, hasta el punto de que los escritos de Paolo suscitaron la admiración del mismo Stalin. Además, su relación nos ayuda a visualizar el totalitarismo del régimen estalinista pues, ya bajo su yugo, los poemas de Paolo hicieron que éste acabara siendo acusado de enemigo de la nación, de modo que para salvar a su familia termina suicidándose.

Con Nicolás Gómez Dávila nos encontramos ante un rechazo de la sociedad moderna, vista como banal, superficial, vacua y gratuitamente cruel. Por este motivo el hombre debe retirarse y “hacer de la soledad su templo”, pues sólo en soledad puede el hombre encontrarse consigo mismo y revelar su verdadero rostro. Debe así parir su alma y conquistar su lucidez en un perpetuo *agón*. Entre sus fuentes encontramos a Pascal, Montaigne, Cioran y una marcada presencia de Nietzsche en su crítica a la cultura y en su propuesta de aristocratismo, abogando por una élite que emerge de la libertad y con la capacidad para rebelarse contra la norma establecida.

Otro personaje que hallamos en nuestra lectura es Vladimir Jankélévitch, quien a partir del pensamiento poético y la paradoja trata de renovar la filosofía desde *fuera* de la revelación y de las afirmaciones y postulados científicos. Nacido en el seno de una familia de intelectuales rusos, su ascendencia judía marcó su vida y sus obras, aunque desmarcándose de una posición teológica. Sus escritos, caracterizados por un pensamiento asistemático, abarcan un extenso terreno: estética, reflexiones sobre el tedio o la muerte, la tensión hebrea, la paradoja y contradicción que supone ser judío... Pero sobre todo, en este mundo en constante devenir, concede un enorme papel a la moral, a la que define como abierta, ligada a la libertad y la contingencia, sin ningún otro fundamento fuera de ella misma. La moral es creación e influye en el porvenir, de modo que lo propio de ella es el futuro en el que los actos están todavía por hacer.

El toque de filosofía árabe lo tenemos con Omar Jayyam, pensador persa del siglo XI. De acaudalada familia e instruido por un discípulo de Averroes, Omar estuvo al servicio de la nobleza del noroeste de Persia y se dedicó principalmente a labores científicas, matemáticas, pedagógicas, médicas y astronómicas, llegando a colaborar en la reforma del calendario musulmán. Pero ello no le impidió plasmar sus pensamientos y su elogio a la vida en los llamados *rubaiyyat*, cuartetos de carácter epigramático (a menudo fruto de improvisaciones o compuestos para ser cantados) cada uno de los cuales constituye un poema independiente y donde la última línea ofrece una moraleja. A partir de estos poemas Omar Jayyam evocaba sus temáticas y reflexiones, cuya estela podemos rastrear hasta el hinduismo, budismo, confucianismo, pensadores clásicos del nivel de Heráclito, Aristóteles, Marco Aurelio... o poetas como Alceo de Milete, Anacreonte, Horacio...

Finalmente, el punto de filosofía oriental de nuestra galería viene dado con la figura de Sri Nisargadatta Maharaj. Originario de Bombay, su vida dio un giro radical al conocer las enseñanzas de su maestro Sri Siddharameshwar Maharaj, a partir de las cuales recibió a todo aquel dispuesto a escuchar sus propias meditaciones. Para

Nisargadatta el conocimiento se encuentra íntimamente ligado a nuestro ser; sin embargo, somos sumamente ignorantes de nuestro mundo interior, por lo que debemos abandonar todas las preguntas menos una: “¿quién soy yo?”. Toda nuestra realidad, las leyes y definiciones científicas y filosóficas de las que nos servimos para explicar el mundo no son más que juegos de la mente que proyectamos fuera de nosotros, ilusiones, más o menos útiles; pero lo que es verdaderamente real no posee nombre ni forma. De la misma manera, todos los sufrimientos existentes son provocados por el hombre, por lo que en su mano reside la posibilidad de ponerles fin y de cambiar el mundo, aunque para ello hay que empezar por cambiar uno mismo y su actitud. No es el universo lo que necesita mejorar, sino nuestro modo de observarlo.

Éste es el itinerario que se nos propone a lo largo de nuestra visita por la *Galería de los invisibles*, arrojando algo de luz sobre unos pocos autores quizá demasiado olvidados por la historia. Como dicen sus autores, “leer un libro no es deslizarse por sus letras, es pelearse con su contenido, rumiar la información hasta que ésta pueda ser digerida por nuestro espíritu. Un esfuerzo considerable que nos debería obligar a elegir muy bien qué libro ponemos entre nuestras manos”. Y sin duda este libro es una buena elección.

Ficha técnica del libro:

Título:	Galería de los invisibles
Autores:	Carlos Javier González Serrano, Gonzalo Muñoz Barallobre (Coords.)
Editorial:	Xorki, 2012
Número de páginas:	234

Javier LLEIVA BUSTOS